

III Encuentro de la Asociación Colegial de Escritores. Béjar (7-09-2001)

Mesa redonda: "Castilla y León" vista desde el País Vasco y Cataluña

Señoras y señores, buenos días, y muchas gracias por la invitación a esta mesa redonda que plantea un tema tan sugerente, al menos para mí, como el de la visión que se tiene de "Castilla y León" desde Cataluña. Entiendo que, en la actual situación histórica, cargada a menudo de desencuentros entre las autonomías históricas (Galicia, Euskadi y Cataluña) y España, el hecho de buscar puntos de encuentro y de diálogo como el que hoy se plantea tiene que resultar positivo.

Si me lo permiten, quisiera comenzar con una puntualización un tanto sutil y aprovecho el turno para dejar claro que no está en mi intención dañar en lo más mínimo la sensibilidad castellanoleonesa. Pero sucede que, desde Cataluña, y no creo ser parcial en el juicio, hoy por hoy, no suele percibirse la realidad de "Castilla y León" más allá de una entidad estrictamente administrativa dentro de lo que se ha venido en llamar la España de las Autonomías. Quiero decir que, en el caso que tuviera que atenerme al enunciado estricto del programa ("Castilla y León vista desde el País Vasco y Cataluña), no me quedaría otra alternativa que enumerar el rosario de elogios turísticos, artísticos y gastronómicos de Castilla y León, para contrapuntarlo después con un toque reivindicativo y sacar a colación lo que, desde Cataluña, se conoce como el agravio histórico de los famosos archivos de Salamanca. Es decir, dedicaré buena parte de mi intervención a ensalzar la bondad artística e histórica de las viejas ciudades castellanas y leonesas, la gracia de sus costumbres ancestrales, la excelencia de los vinos de la Ribera del Duero y la magia chacinera de vuestros sabrosos embutidos y jamones (bien conocidos y ponderados, por cierto, tanto el vino como el jamón, en toda Cataluña). Y junto a ello, para dar a la exposición un tinte de sabor reivindicativo, enhebraré el hilo de la afrenta que supone para Cataluña el hecho que los archivos de la Generalitat correspondientes a la Guerra Civil, sustraídos de Cataluña por el franquismo - según se ha dicho y escrito, por derecho de conquista- duerman todavía, celosamente guardados, en Salamanca.

Pero entiendo que no se trata de salir por la tangente gastronómico turística, ni incidir una vez más sobre la devolución de unos archivos que han movido, como todos ustedes saben, toneladas de papel impreso. Por ello debo ir, como primera premisa, a dejar claro que en Cataluña, el ente que llamamos Estado español, se ve como un conjunto formado por cuatro unidades: las tres que se refieren a las nacionalidades

históricas del norte (Galicia, Euskadi y Cataluña, más en algún aspecto, el resto de la comunidad lingüística catalana, que se concreta en buena parte de Valencia y las Islas Baleares), y el cuarto restante que se percibe y se entiende como España, simple y llanamente. Es así como la percibo a título personal y como creo que se ve en Cataluña por la mayoría de su población. No puedo, por tanto, centrar los apuntes de mi reflexión a partir de la autonomía Castilla-León, sino desde esa cuarta unidad que llamamos España. En Cataluña, desde mitad de los años sesenta, cuando comenzó el proceso de modernización del Estado español y empezó a su vez a radicalizarse la oposición al régimen del general Franco, la sensibilidad catalana mayoritaria acuñó un curioso pero interesante juego semántico: cambiar la palabra España por la de Estado español, y matizar a continuación, que dentro de este Estado deberían convivir en igualdad de condiciones las cuatro realidades históricas: cuatro naciones, cada una con su lengua propia, su literatura, su propia tradición histórica e incluso, en el caso de Cataluña, con una personalidad jurídica propia. Naciones históricas que, tenaz y reiteradamente, han manifestado la voluntad de preservar su identidad. Si el juego semántico a que he aludido se generó a principios de los años sesenta, puedo asegurarles que mantiene buena parte de su fuerza y dinamismo en un amplio abanico político de la actualidad, el que va desde los partidos de izquierda tradicional -IC, PSC y ERC- hasta el centro derecha representado por la coalición de gobierno que forman CIU. En papeles públicos y declaraciones suelen referirse a la realidad de España como Estado Español, no como España. Por ello, si el actual Estado lo forman las cuatro unidades a las que me refería, España es una de ellas, lo que queda del territorio estatal después de Galicia, Euskadi y Cataluña.

Para la perspectiva catalana, hoy por hoy, la Comunidad Autónoma de Castilla y León no es más que una realidad administrativa. Amén que, desde un punto de vista histórico, quede claro que es la cuna, el corazón, la esencia, el nervio y el origen de España. Pero en su formulación actual no se percibe más que como la realidad que surgió por la forma en que se organizó el Estado de las Autonomías, y que consistió, hace casi 25 años, en aquella solución del café para todos. Descafeinado, pero café para todos. Dicho de otra manera, fue la alternativa inteligente, si se hace la lectura desde un punto de vista centralista, para regatear y reducir las libertades políticas, económicas, culturales y administrativas que se pedían desde amplios sectores de Cataluña y Euskadi. También desde Galicia, aunque intuyo que su sentimiento de identidad quizá no sea tan fuerte como el catalán o el vasco. O tal vez sea el efecto de veinte años de PP capitaneados por

el todo terreno Manuel Fraga Iribarne. En síntesis, para la mayoría de los catalanes, Castilla y León es España, en términos políticos y lingüísticos, históricos y culturales, antropológicos y literarios.

A partir de esta primera consideración intentaré centrar dos coordenadas sobre las que me gustaría reflexionar. Una de ellas, es la que supongo que en el fondo todos ustedes esperan oír: la coordenada de la reivindicación y la queja. Pero hay otra de previa que dice que Cataluña y España no han encontrado ni resuelto, a satisfacción de ambas partes, sus puntos justos de ensamblaje. Referido a lo cultural, lo comentaba semanas atrás el historiador Xavier Tusell en el Escorial, en la jornada inaugural del curso “España-Cataluña: las relaciones culturales en el siglo XX”; donde se manifestaba, por lo que he leído en la prensa, más bien escéptico y pesimista. Pero es que este mismo pesimismo viene a ser como un sonsonete continuo que se escucha entre los círculos políticos, culturales y en los medios de comunicación catalanes. La pregunta del millón de euros sería qué hacer para encontrar la sintonía necesaria, o que tipo de pedagogía debería de llevarse a cabo para que Cataluña sea vista, desde España, como lo que es y tiene voluntad de ser, sin que por ello se convierta en un peligro para nadie o en una cosa rara y difícil de comprender. ¿Cómo comunicar y hacer comprensibles, sin que nadie se espante, los rasgos de esa realidad diferente que es Cataluña desde un punto de vista lingüístico, cultural, histórico, antropológico, e incluso económico? Aunque en las tendencias del mundo globalizado que nos toca vivir las diferencias económicas son cada vez más frágiles.

Si la primera coordenada surge de estas dificultades en el diálogo, la comunicación correcta y los trabajos de ensamblaje entre las dos realidades (España y Cataluña), la segunda no es otra cosa que su consecuencia inmediata. Es verdad que, como dice la sabiduría popular, cada cual cuenta la feria según le ha ido; pero se da el caso que, a pesar del marco que configura el Estatuto de Autonomía, resulta que siempre quedan flecos y letras pequeñas, y curiosos giros de interpretación que sirven para hacer permeables y ambiguos los textos jurídicos más precisos. Sobre todo, si son leídos de manera diferente en función de la época, del color del gobierno y de la severa realidad de la aritmética parlamentaria. En los últimos años se ha acusado al gobierno catalán de vivir instalado permanentemente en la política de la queja, y en la estrategia de manifestar lo mal que España lo trata. Y la verdad es que, aunque pocos dudan que Jordi Pujol ha sido, y es todavía, un político de talla considerable, lo cierto es que desde la transición democrática no ha habido el tino suficiente para comunicar, a lo largo y lo ancho de

España, una imagen diferente de la de una Cataluña en permanente estado de reivindicación, una Cataluña que ha aprovechado la oportunidad, y la fuerza, en las pasadas legislaturas, de ser minoría decisiva en la aritmética parlamentaria para pedir más autogobierno, más financiación, más poder legislativo, más poder político y económico, en suma. Debo precisar que si ello fuera cierto, Cataluña no estaría, ahora mismo, al borde del colapso fiscal, endeudada hasta más arriba de las orejas, y siendo como es, oh paradoja, una de las comunidades que más aporta a las arcas del Estado. Y todo ello, en esencia, porque no se ha resuelto a satisfacción de ambas partes, repito, el tema de un correcto ensamblaje entre Cataluña y España.

Si ustedes hacen la prueba de familiarizarse algunos días con los medios de comunicación catalanes, ya sea leyendo la prensa, oyendo las emisoras de radio o viendo los canales de televisión, se darán cuenta que, efectivamente, en Cataluña hay una tendencia a vivir instalados en la queja del agravio comparativo. Pero no solamente los políticos, también la mayoría de los ciudadanos medios y de a pie, como suele decirse. ¿Porqué? Porque la dura realidad insiste con tanta tenacidad que casi obliga a ello. Voy a ilustrarlo con tres anécdotas recientes recogidas de la prensa con la intención que sean tan ilustrativas que sirvan para argumentar, sin más, esa curiosa costumbre que lleva a los catalanes vivir confortablemente instalados en la reivindicación permanente. La más “heavy” de las tres, como dicen mis hijos, corresponde al 28 de agosto y sucedió en la frontera francesa de la Junquera. Dos agentes de la policía española del servicio de aduanas detuvieron y esposaron con las manos en la espalda a un matrimonio catalán que se negó a sacar el adhesivo “CAT” de la matrícula de su coche. Entre las gestiones en la comisaría y otros líos posteriores con la policía autonómica, la broma es que los tuvieron entretenidos todo un día. Con lo cual, llevar el distintivo “CAT” (de Cataluña) en la matrícula del coche, que debería entenderse como algo normal e inofensivo, se convierte, cuando se topa con policía en exceso celosa de su función, en un deporte casi de riesgo, además de enojoso. Sólo es una anécdota menor, pero puedo asegurarles, por el revuelo que armó entre los medios de comunicación que es mucho más importante de lo que parece para la sensibilidad del catalán medio.

Vamos ahora con un detalle económico: este verano, el ministro de Fomento, Francisco Alvarez Cascos inauguró las obras del último tramo de autovía pendiente entre Lleida y Barcelona. Es un tramo de 22 miserables Km que discurre entre las poblaciones de Cervera y Santa María del Camí, y que han empezado, las obras, con doce años de retraso. El proyecto se aprobó en 1989 pero los trabajos, repito, no comenzaron hasta

hace un par o tres de semanas. Puestos a ser comprensivos, quizá se podría argumentar que un retraso como este se ha dado en otras muchas carreteras. Pero sucede que estamos hablando de un tramo de la antigua nacional II, la que va de Madrid a Francia pasando por Zaragoza, Lleida, Barcelona i Girona, y que tradicionalmente ha soportado, justo entre Lleida y Barcelona, uno de los mayores niveles de tráfico de toda la península. Para que se hagan más a la idea, a lo largo de estos 22 Km, el conductor todavía encontraba, la pasada primavera, los únicos semáforos existentes entre Madrid y Barcelona: 22 Km convertidos en un embudo monumental, con doce años de atascos y colas épicas, y con el triste destino, además, de estar señalados como uno de los puntos de más siniestralidad de todo el Estado español. Se da la circunstancia, además, que los familiares de algunas víctimas mortales se han querellado contra el mismo Estado al considerarlo parte culpable y subsidiaria del accidente por el mal estado de dicho tramo de carretera. Como durante los mismo doce años España ha modernizado de manera espectacular su infraestructura viaria, es lógico instalarse en la queja de la comparación.

El tercer ejemplo es literario. Este es un encuentro de escritores y lo considero, por tanto, el más importante. Lo tomo prestado de la revista dominical de "El País" del pasado 19 de agosto y creo que no tiene desperdicio. Hay una larga entrevista al narrador catalán Quim Monzó, a cargo del escritor Enrique Vila-Matas. Un texto breve de presentación dice que la crítica internacional ha comparado Monzó con Kafka y Nabokov, y se citan los elogios con que ha sido saludada su obra desde las páginas del "Thimes" y del "New York Thimes". Vila-Matas, a su vez, comienza la entrevista diciendo: *Si fuera norteamericano estaría considerado como uno de los mejores escritores de cuentos del mundo. En realidad, lo es. Pero no es norteamericano. Eso complica las cosas. También las complica el que escriba en catalán (...) En Madrid, por otra parte, sobre todo en una primera etapa, la obra de Monzó no acababa de cuajar; se veía con desconfianza que se llamara Quim. Su suerte en España no cambio hasta el escándalo de "El peor programa de la semana", con la prohibición en Tele 5 de que apareciera el escritor catalán al lado del Gran Wyoming. Eso levantó las ventas de la traducción al castellano de su gran libro de cuentos "El porqué de las cosas" (...)* La entrevista es succulenta de verdad y la parte que me interesa remarcar sale también de una anécdota. Enrique Vila-Matas alude en una de sus preguntas a un artículo de Monzó en "La Vanguardia" donde contaba lo que les sucedió en la feria del Libro de Madrid. Se encontraba en compañía de sus editores al castellano, Jorge Herralde y Lali Gubern (el sello Anagrama), y hablaban en catalán en la caseta donde firmaba libros. De pronto, Monzó descubrió que había gente que se

marchaba con muescas de sorpresa o de desagrado, y que la librera de la caseta, tragando saliva, les dijo: “Si no os oyen hablar en catalán, mejor”. Para rematar el comentario Quim Monzó añade: *Sí. Y otro librero, aquella misma tarde me confirmó algo que todos los editores españoles que traducen narrativa catalana saben de sobra: “En Madrid, los libros traducidos del catalán, más que indiferencia despiertan animadversión. Si fuesen ingleses, no pasaría nada. Pero catalanes...”* “ Qué cosa más estraña, ¿no?. Fin de la cita.

No sé si podemos llegar a algunas conclusiones y tampoco tengo claro de haber respondido lo que se me pedía. En todo caso debe ser una respuesta por pasiva, que podría rematar devolviendo la pregunta: ¿Cómo se ve Cataluña desde Castilla y León? No sé si es arriesgado sacar a colación dos clásicos contemporáneos: Ortega y Gasset y Joan Maragall. El Ortega de *La España invertebrada* donde apunta que Castilla hizo a España (*España es una cosa hecha por Castilla*, dice textualmente), pero también la deshizo, porque, al agotarse y recluirse en sí misma, Castilla dio alas, dice el filósofo, a la fuerzas centrífugas que amenazaban con la desintegración del país. Esas fuerzas centrífugas son Cataluña y Euskadi, con lo cual, creo que la apreciación del filósofo no fue exactamente correcta. Maragall, unos pocos años antes, se dirigía a España en un poema memorable, con motivo de la crisis del 98, y le decía “Oye a España la voz de un hijo que te habla en una lengua no castellana” y se quejaba, ya entonces Maragall, de no encontrar el interlocutor que buscaba esa España que al principio del poema ve como una madre pero que poco a poco se le va diluyendo hasta la nada. Ya en los años de Ortega y Maragall había falta de diálogo, de diálogo y generosidad, quizás por ambas partes. Porque la solución a todos los problemas del ensamblaje entre Cataluña y España tiene a mi modo de ver un único camino el del diálogo, diálogo y diálogo. El problema es que los políticos, ahora, no dialogan, su única preocupación es ganar las próximas elecciones y gobernar bajo el dictado de las encuestas.